

Una reflexión personal:

Yo recuerdo a Ronald Reagan

por Lyndon H. LaRouche

6 de junio de 2004.

Esta mañana la prensa me trajo noticias que me dejaron pasmado, sobre la muerte del presidente estadounidense Ronald Reagan. Aunque en realidad nos reunimos sólo en una ocasión, en enero de 1980 en Cóncord, Nueva Hampshire, en una “noche de candidatos”, esa reunión nuestra cambió la historia en formas irónicas que aun hoy reverberan.

La importancia continua de ese encuentro es que de ahí, luego ese mismo año, se desprendieron reuniones en Washington, D.C., con el equipo presidencial entrante de Reagan, y nuevas reuniones con representantes claves de la nueva Presidencia de los Estados Unidos en todo ese período, hasta 1984. El resultado más importante de esas reuniones fue que, entre 1982 y 1983, entablé pláticas extraoficiales con el Go-



Lyndon LaRouche y Ronald Reagan conversan antes de un debate de la elección primaria de Nueva Hampshire, en enero de 1980.

bierno soviético a nombre de esa Presidencia. El principal tema de esas pláticas, que se coordinaron a través del Consejo de Seguridad Nacional, fue mi propuesta de lo que el presidente Reagan llamaría su “Iniciativa de Defensa Estratégica” (IDE). Esa propuesta cambió al mundo.

Reflexionando sobre esa y otras experiencias relacionadas a lo largo de los años, a menudo me quedaba saboreando la ironía, al reflexionar sobre las características paradójicas de esa relación con el Presidente en dicho período. En parte, los aspectos afirmativos de la relación tenían su raíz en la experiencia compartida por nuestra generación —a pesar de la diferencia de una década en nuestras edades—, la experiencia compartida del liderato del presidente Franklin Roosevelt en la recuperación económica de los EU y en la derrota del fascismo. En todos mis tratos con el Gobierno de Reagan durante esa época, este renglón de concordancia quedó claramente demostrado en repetidas ocasiones, en tanto que en materia económica, como en el caso del profesor Milton Friedman, nos encontramos en polos casi opuestos.

Hay que dejar en claro un aspecto de estas cuestiones, y es mi obligación personal especial el hacerlo. Aunque es verdad que fue el rechazo histórico continuo de los secretarios generales soviéticos Yuri Andrépov y Mijaíl Gorbachov a la propuesta del presidente Reagan del 23 de marzo de 1983, y no amenazas militares de los Estados Unidos de América y sus aliados, lo que llevó a la caída del sistema soviético seis años después, fue la necesidad del Gobierno soviético, y no las amenazas del Gobierno del presidente Reagan, lo que llevó al fin del sistema soviético en la forma que ocurrió. El 23 de marzo de 1983 el Presidente había hecho una propuesta pública, misma que renovó más tarde, para encontrarle una salida al sistema de “armas de venganza”. Fue el rechazo

soviético a la propuesta del Presidente lo que acarreó la caída de su economía y al desmembramiento de la Unión Soviética. De haber aceptado la oferta del Presidente entonces, en los años que siguieron, la historia del mundo hubiera dado un vuelco mejor del que dio entonces, mejor tanto para los EUA como para Rusia, creando un mejor camino hacia un mundo mejor hoy día.

De haber reaccionado al rompimiento del CAME y del bloque del pacto de Varsovia, como propuse públicamente en octubre de 1988, se hubiera evitado lo peor de las miserias experimentadas por todas las partes en el período de 1989–2004 a la fecha. Esos fracasos de las políticas estadounidense y europea de 1989–2004 a este último respecto, no demeritan el logro indeleble de la intervención más impactante del presidente Reagan en la historia, tal como se dio a conocer por primera vez el 23 de marzo de 1983. Tal será su huella personal permanente en todo recuento veraz de la historia de los EUA y del mundo en el futuro. Irónicamente, la dirigencia del Partido Demócrata estadounidense nunca entendió nada de esto, hasta la fecha; eso hace aún más importante que los que le sobreviven, los republicanos, los demócratas y otros, reconozcan comúnmente hoy el logro del presidente Reagan a este respecto.

Tal es la naturaleza de la institución de la Presidencia de los Estados Unidos. Eso no es historia pasada. Es una lección de estadismo que las nuevas generaciones de este mundo todavía tienen que aprender hoy.

El poder de las ideas: la IDE de LaRouche cambió al mundo

por Jeffrey Steinberg

El experto en contrainteligencia de EIR, Jeffrey Steinberg, recordó la importancia histórica, en su décimo aniversario, del anuncio que hizo el presidente Ronald Reagan de la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE), en la ponencia “El poder de las ideas: la IDE de LaRouche cambió al mundo”, que dictó en la conferencia conjunta de la Junta Internacional de Comités Laborales y el Instituto Schiller realizada del 21 al 22 de marzo de 1993.

Hace diez años [el 23 de marzo de 1983], el presidente estadounidense Ronald Reagan cambió al mundo al presentar el siguiente mensaje breve al final de su discurso televisado a nivel nacional: “En los últimos meses”, dijo el Presidente, “mis asesores. . . han subrayado la necesidad de librarnos de un futuro cuya seguridad depende tan sólo de la represalia

ofensiva. En el transcurso de estas discusiones he adquirido una convicción cada vez más profunda de que el espíritu humano tiene que ser capaz de elevarse por encima de [el nivel de] relacionarse con otras naciones y otros seres humanos amenazando su existencia. ¿No sería mejor salvar vidas que vengarlas? ¿Qué no somos capaces de demostrar nuestras intenciones pacíficas aplicando todas nuestras capacidades y nuestro ingenio para lograr una estabilidad de veras duradera? Yo creo que sí, ¡que ciertamente debemos hacerlo!

“Tras consultar de forma cuidadosa con mis asesores, incluyendo el Estado Mayor Conjunto, creo que hay una forma de lograrlo. Déjenme compartir con ustedes una visión del futuro que ofrece esperanza. Consiste en que nos embarquemos en un programa para contrarrestar la pavorosa amenaza de los proyectiles soviéticos con medidas defensivas. Recurramos a las mismas fortalezas tecnológicas que generaron nuestra gran base industrial. ¿Qué tal si las personas libres pudieran vivir seguras, con la certeza de que su seguridad no depende de la amenaza de una represalia inmediata de los EU para disuadir a los soviéticos de lanzar un ataque, sino de que pudiéramos interceptar y destruir los proyectiles balísticos estratégicos antes de que lleguen a nuestro territorio o al de nuestros aliados? ¿No merece esto toda inversión necesaria para librar al mundo de la amenaza de una guerra nuclear? ¡Sabemos que sí!

“Sin duda, reconozco que los sistemas defensivos tienen limitaciones y presentan ciertos problemas y ambigüedades. Si se les compara con los sistemas ofensivos, pueden dar la impresión de que alimentan una política agresiva, y nadie quiere eso. Pero con estas consideraciones firmes en la mente, insto a la comunidad científica de nuestro país, a aquellos que nos dieron armas nucleares, a que ahora usen sus grandes talentos para la causa de la humanidad y de la paz mundial, para que nos den medios que hagan impotentes y obsoletas estas armas nucleares. No buscamos ni la superioridad militar ni la ventaja política. Nuestro único propósito —uno que toda la gente comparte— es buscar formas de reducir el peligro de guerra nuclear.

“Compatriotas, esta noche estamos iniciando un esfuerzo que promete cambiar el curso de la historia. Habrá riesgos, y obtener resultados tomará tiempo, pero creo que podemos hacerlo. Al tiempo que cruzamos este umbral, les pido sus oraciones y su apoyo”.

‘Hay al fin esperanza’

Al día siguiente, el 24 de marzo de 1983, en una declaración pública hecha desde Wiesbaden, Alemania Occidental, Lyndon LaRouche dio su felicitación y apoyo personal al Presidente con las siguientes palabras: “Los demócratas ya no tendrán que irse a dormir cada noche con el temor de que tienen que vivir sus vidas bajo la amenaza del terror balístico termonuclear. Los años venideros probablemente serán los más difíciles de todo el período de la posguerra, pero, por primera vez desde que terminó la crisis de los proyectiles en

Cuba de 1962, hay al fin la esperanza de que la pesadilla termonuclear terminará en lo que resta de esta década. Sólo funcionarios de gobierno de alto nivel, o ciudadanos civiles con un profundo conocimiento de los detalles de la situación política y estratégica internacional, entre los que yo tengo el privilegio de contarme, incluso pueden empezar a prever el estremecedor impacto que el discurso anoche televisado del Presidente tendrá por todo el mundo. Nadie puede predecir cuáles serán las consecuencias exactas de las acciones del Presidente; no podemos predecir qué tan feroz y empecinada será la resistencia a la política del Presidente, tanto de parte de Moscú como de los fríos partidarios de la política nuclear en Europa y los propios Estados Unidos. Cualquiera que sean esas reacciones y su influencia, las palabras que pronunció anoche el Presidente nunca podrán meterse de nuevo a la botella. La mayor parte del mundo pronto sabrá, y nunca olvidará, el anuncio de esa política. Con esas palabras, el Presidente ha cambiado el curso de la historia moderna.

“Hoy me siento más orgulloso de ser estadounidense que lo que me he sentido desde el primer descenso tripulado en la Luna. Por primera vez en 20 años, un Presidente de los EU ha aportado un acto público de gran liderato, para sentar una nueva base de esperanza en el futuro de la humanidad en un mundo agonizante y desmoralizado. La verdadera grandeza de un Presidente estadounidense tocó anoche al presidente Ronald Reagan; es un momento de grandeza que nunca ha de olvidarse”.

Los comentarios proféticos de Lyndon LaRouche sobre el discurso del presidente Reagan del 23 de marzo, se basaron en su propia y estrecha participación en el proceso que llevó al Presidente a adoptar lo que llamó la Iniciativa de Defensa Estratégica. Desde Moscú hasta Londres y Washington, el pequeño círculo de los personajes políticos más poderosos del mundo, amigos y enemigos por igual, no tuvo la menor duda de que el presidente Reagan adoptó la doctrina estratégica de Lyndon LaRouche. Contra todas las probabilidades, el poder de una idea, concebida y promulgada por Lyndon LaRouche, había “movido” al Presidente de los EU y a un puñado de sus más leales asesores, y se hizo historia.

Para algunas figuras destacadas de Moscú, una de las cuestiones críticas que el anuncio televisivo del 23 de marzo no resolvió, fue si la adopción del presidente Reagan de la doctrina de defensa contra proyectiles, de la supervivencia mutua asegurada, significaba también que había adoptado de manera conciente *Operación Juárez*, la propuesta de Lyndon LaRouche de un nuevo orden económico mundial. Pero en cuanto al asunto de la defensa contra proyectiles balísticos, no cabía la menor duda.

Antes, la tarde del 23 de marzo, se ampliaron los detalles del discurso televisivo que daría el Presidente a las 8:00 p.m., en una sesión informativa que ofreció el Consejo de Seguridad Nacional (CSN) al cuerpo de prensa acreditado en la Casa Blanca. En esa sesión informativa se confirmó que el presidente Reagan propondría que los EU y la Unión Soviética

trabajaran juntos en hacer realidad la doctrina de la supervivencia mutua asegurada. Poco después del discurso del Presidente, el secretario de Defensa Caspar Weinberger le comunicó con mayor formalidad la propuesta a Moscú, de que las dos superpotencias trabajaran juntas en desarrollar y desplegar un sistema de defensa contra proyectiles.

Lyndon LaRouche no sólo fue el autor intelectual del concepto político tras la IDE de Reagan. Entre diciembre de 1981 y el día del discurso del Presidente, Lyndon LaRouche, a nombre y a solicitud de la Casa Blanca de Reagan y otras agencias del Gobierno estadounidense, personalmente entabló pláticas extraoficiales con representantes de alto nivel del Gobierno soviético. Como resultado de esas negociaciones, más de un año antes del discurso del Presidente del 23 de marzo, Moscú estaba bien al tanto de los detalles de esta oferta política. Y por la participación personal de LaRouche en estas discusiones, Moscú no tenía ninguna razón justificable para dudar de la sinceridad de la oferta del presidente Reagan.

Si Moscú hubiera decidido aceptar la generosa oferta del presidente Reagan, en vez de adoptar la alternativa suicida, sin duda le hubieran pedido a Lyndon LaRouche que continuara su papel de mediador y garante de una nueva era de paz y prosperidad mundiales basada en la transformación total de las relaciones este-oeste y norte-sur. Lo trágico es que LaRouche tuvo razón cuando el 24 de marzo advirtió de las reacciones que rebosarían de entre las resquebrajaduras de Moscú, Londres, Nueva York y Washington. Pero también tuvo razón cuando dijo que las medidas tomadas por el presidente Reagan “nunca podrán meterse de nuevo a la botella”.

La historia extraoficial

El discurso del presidente Reagan del 23 de marzo fue resultado de años de esfuerzos.

Lyndon LaRouche y sus colaboradores venían hablando desde 1977 de la defensa contra proyectiles usando nuevos principios físicos.

En los peligrosos años de la Presidencia de Carter, el señor LaRouche fungió como un canal extraoficial de comunicación entre elementos de la élite de los servicios oficiales de inteligencia de los EU, y sus contrapartes de la inteligencia soviética. Esto era parte de un “sistema a prueba de errores” establecido por individuos sensatos de ambos lados de la división este-oseste, para minimizar el peligro de que un malentendido activara un enfrentamiento estratégico. A LaRouche se le solicitó su participación en este esfuerzo, en parte como respuesta al discurso televisivo nacional que pronunció la víspera de las elecciones de 1976, en el cual advirtió de los peligros de que hubiera una guerra termonuclear si Jimmy Carter y la Comisión Trilateral llegaban al poder.

A principios de marzo de 1981, un diplomático soviético de alto nivel asignado a la Misión Permanente de las Naciones Unidas, el señor Kudachev, se puso en contacto con el experto de *EIR* en asuntos asiáticos, Dan Sneider, preguntando cómo veía LaRouche el nuevo Gobierno de Reagan. Por instruccio-

nes de los mismos canales de la inteligencia estadounidense a través de los cuales se realizaron las discusiones previas con los soviéticos, al asesor legal de la Casa Blanca, Edwin Meese, se le dio a conocer ese acercamiento y un resumen detallado de la discusión.

Para principios del primer trimestre de ese año, Lyndon LaRouche dio a conocer sus propuestas de emprender un programa soviético-estadounidense conjunto o paralelo de defensa contra proyectiles. En este mismo período, representantes de *EIR* sostuvieron conversaciones preliminares con un diplomático de alto rango de la embajada soviética en Washington, D.C., de nombre Cherchnev.

Como resultado de estos acontecimientos, en diciembre de 1981 importantes funcionarios de inteligencia de los EU se acercaron a Lyndon LaRouche y le solicitaron de manera formal que entablara conversaciones “extraoficiales” con los representantes soviéticos apropiados acerca de la posibilidad de adoptar una modificación a la doctrina estratégica existente, es decir, el propio concepto de LaRouche de la supervivencia mutua asegurada. A LaRouche le hicieron saber que estas pláticas extraoficiales estaban clasificadas como una operación secreta confinada, y que era del conocimiento de un grupo selecto de funcionarios de alto nivel bajo un nombre clave.

Para entonces, Lyndon y Helga LaRouche se habían reunido con el subdirector de la CIA, Bobby Ray Inman, en las oficinas de la agencia adyacentes al viejo edificio presidencial y a la Casa Blanca.

LaRouche, sustentando sus esfuerzos extraoficiales a favor de la política de defensa contra proyectiles, participó el 18 y 19 de febrero de 1982 en un seminario de dos días sobre el tema y otros relacionados que organizó *EIR* en Washington, D.C. De los más o menos 600 participantes, un buen número eran diplomáticos soviéticos y de naciones suscritas al Pacto de Varsovia. En una recepción que *EIR* ofreció a los participantes de la conferencia, presentaron a LaRouche con el señor Cherchnev, y tuvieron la primera de una serie de discusiones sobre asuntos de política estratégica que afectaban tanto a los EU como a la URSS.

En su primer intercambio privado, que tuvo lugar en el hotel Hay Adams en Washington poco después del seminario de 1982, LaRouche le informó a Cherchnev que el Gobierno de Reagan lo había designado para entablar pláticas exploratorias, y que diferenciaría con claridad cuando estuviera transmitiendo mensajes oficiales de las agencias gubernamentales de los EU, y cuando estuviera presentando sus propias evaluaciones personales.

A principios del segundo trimestre de 1982, el almirante Inman anunció su renuncia como subdirector de la CIA, la cual se haría efectiva varios meses después. Los canales bajo



En el último año de la Presidencia de Reagan, el 12 de octubre de 1988, LaRouche dijo en Berlín que la desintegración del CAME y del Pacto de Varsovia eran inminentes, y propuso una política económica para el desarrollo de Europa Oriental. Un año después, cayó el muro de Berlín.

cuyos auspicios LaRouche estuvo realizando las negociaciones con representantes de Moscú, le informaron en ese momento que, por lo pronto, se abortaba la operación. Conciente de la seguridad altamente restringida a “lo que es necesario saber” en torno a las negociaciones extraoficiales, LaRouche preparó un memorando escrito para Edwin Meese solicitándole alguna orientación sobre cómo proceder. Ese memorando lo entregó en mano un representante del Consejo de Seguridad Nacional. Con el nombramiento del juez William Clark como asesor especial del Presidente en asuntos de seguridad nacional en enero de 1982, representantes de LaRouche entablaron conversaciones con varios funcionarios del CSN.

Luego de que Ed Meese no dio ninguna respuesta clara al memorando de LaRouche, Richard Morris, el auxiliar ejecutivo del asesor de seguridad nacional Clark, le dijo a LaRouche que el Consejo se haría cargo de la operación y que las negociaciones extraoficiales autorizadas debían continuar sin interrupción.

Para el tercer trimestre de 1982, las propuestas de defensa contra proyectiles de LaRouche cobraron impulso en secciones del Ejército y de los círculos de inteligencia estadounidenses. El general Volney Warner, un jefe retirado del FORCECOM del Ejército de los EU, le dijo en octubre de 1982 a colaboradores de LaRouche que la política estaba ganando mucho apoyo entre algunos de los asesores clave del Presidente. También en octubre, Edward Teller, un amigo cercano y asesor científico del presidente Reagan, le dio su apoyo a la idea de la defensa contra proyectiles, citando los avances recientes de los Laboratorios Lawrence Livermore precisamente en algunos de los “nuevos principios físicos” por los que abogaba LaRouche. Cabe destacar que Teller también abogaba por compartir estos avances científicos y tecnológi-

cos con Moscú.

LaRouche aludió de forma pública su participación en el proceso de pláticas extraoficiales, en un memorando que *EIR* dio a conocer el 12 de diciembre de 1982, titulado “Las determinantes culturales de una política de armas de rayos antiproyectiles”: “En los meses que siguieron a mi anuncio de la propuesta de una política de armas de rayos, desde febrero del año pasado, he tenido varias ocasiones para discutir esta política con representantes soviéticos y otros del Bloque del Este, tanto en persona como a través de comunicaciones retransmitidas. En tales intercambios, uno debe percatarse de que el representante soviético en cuestión habla conmigo, en tanto representante de su gobierno, como una persona cuyas ideas representativas están conectadas con las agencias que influyen la política de los EU. Por tanto, la clase de discusiones que hubo tienen dos aspectos funcionales. Uno, que cada uno de nosotros está hablando en representación oficial de su gobierno. Soy cuidadoso al indicar la que creo es la política de mi gobierno —con todo lo bien que la conozco— en una forma oficial. Mi contraparte soviética hará lo mismo en cada caso. Entonces, aparte de que consten en actas tales declaraciones políticas, podemos entablar una discusión más o menos franca sobre posiblemente otras opciones políticas”.

LaRouche abordó de nuevo todos estos asuntos en su discurso del 31 de diciembre de 1982, ante la conferencia de la Junta Internacional de Comités Laborales en Nueva York. Al referirse a su programa de defensa con armas de rayos, LaRouche observó: “Si tenemos éxito, si el presidente Reagan hace esto en las semanas venideras, le habremos propinado a esos antiguos enemigos de nuestro pueblo y de la raza humana —a los Harriman y demás, a los maltusianos— no un golpe mortal, pero sí una derrota muy mortífera: una reducción aguda en el poder internacional de los maltusianos. Habremos despejado el campo de batalla, debilitado a los enemigos de la humanidad a tal grado que, aquellos que no son los enemigos de la humanidad, tendrán mayor latitud para que tomen decisiones sin tener que someterse a los Harriman y a esa pandilla en el período venidero.

“Es en ese sentido, en ese acto, en esa opción —en esta gran tragedia en la que ahora vivimos—, que yo creo yace el *punctum saliens* de nuestra era. O lo aprovechamos, o yo no sé qué podremos hacer”.

En las primeras semanas de febrero de 1983, de nuevo en Washington, Lyndon LaRouche volvió a reunirse con el señor Cherchnev, esta vez en el hotel Sheraton Carlton. En esa reunión el señor Cherchnev le comunicó un mensaje de tres partes a LaRouche y, a través de él, a la Casa Blanca de Reagan, directamente desde Moscú.

1. El Gobierno soviético rechazaría la IDE.

2. Los estudios soviéticos de la propuesta de LaRouche para una defensa contra proyectiles habían probado que era acertada y factible. Sin embargo, bajo condiciones de un “desarrollo acelerado” la Unión Soviética sería incapaz de avanzar al mismo paso que una economía estadounidense reavivada. Por tanto, Moscú rechazaría la propuesta principalmente

por razones económicas.

3. A través de otras fuentes al más alto nivel dentro del Partido Demócrata, a Moscú le informaron que la propuesta de defensa contra proyectiles de LaRouche nunca llegaría al escritorio del presidente Reagan y que, por tanto, no había peligro de que jamás adoptara el plan. En esas circunstancias, ya que Moscú consideraba que las conversaciones informales con LaRouche eran útiles, las mismas continuarían.

Tratan de sabotear el discurso de Reagan

El 23 de marzo de 1983 le cayó a Moscú como un balde de agua fría. De este lado del Atlántico el combate ya estaba en pleno apogeo.

El presidente Reagan, en su autobiografía, dio una idea de la batalla: “22 de marzo: otro día que no debió haber sido. Sobre mi escritorio estaba el borrador del discurso sobre defensa que pronunciaría mañana por la noche por televisión. Éste fue sujeto de pugna entre el Consejo de Seguridad Nacional, el Departamento de Estado y el de Defensa. Finalmente me tocaba a mí. . .

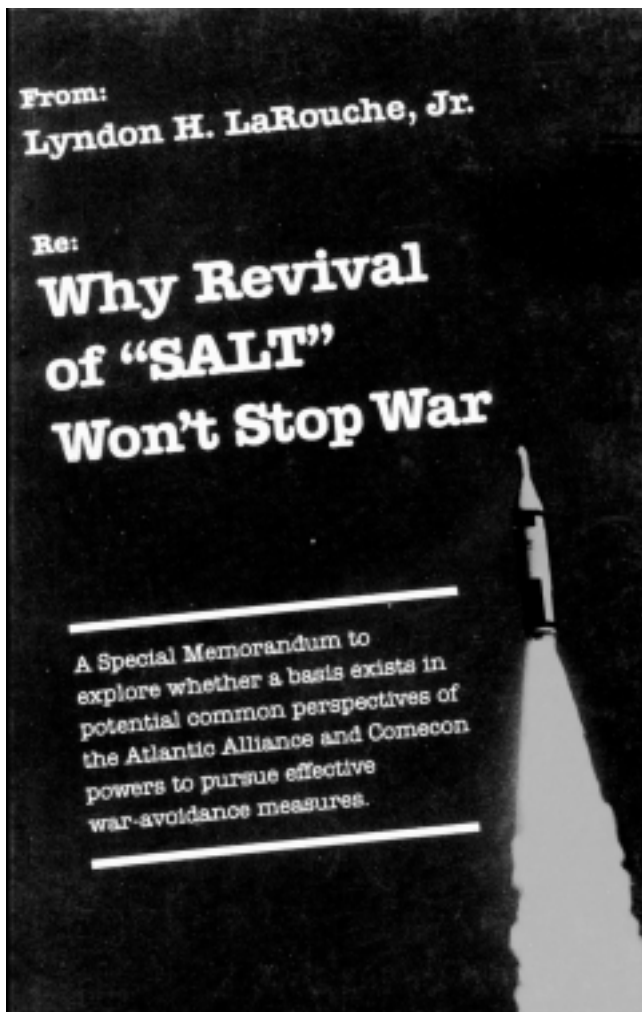
“23 de marzo: La cuestión grande de hoy era el discurso a las 8:00 p.m., transmitido por todas las cadenas de televisión, sobre seguridad nacional. Hemos estado trabajando en el discurso como por 72 horas y nos acercamos al plazo final. . . Elaboré el grueso del discurso sobre el porqué era necesario el aumento de armamentos, y concluí con un llamado a la comunidad científica para que colaborara conmigo en un programa de investigación a iniciarse de inmediato, para desarrollar armas defensivas que hicieran obsoletos los proyectiles nucleares. No hice pronósticos optimistas; dije que tomaría 20 años o más, pero que teníamos que hacerlo. Me sentí bien”.

Años después de esa fecha histórica, escuché un relato de primera mano de un personaje clave del Consejo de Seguridad Nacional sobre lo que en verdad sucedió el 23 de marzo.

James Baker III, el oficial mayor de la Casa Blanca, era la última persona a la que le tocaba la responsabilidad oficial de revisar los discursos del Presidente antes de pasarle a Reagan la versión final para su aprobación. La porción del discurso sobre la IDE había sido escrita, bajo auspicios del juez Clark, por uno de los redactores de discursos de la Casa Blanca, Aram Bakshian, quien había estado en contacto con *EIR* durante algún tiempo, inicialmente por cortesía de Richard Morris. Cuando Baker vio la sección sobre defensa contra proyectiles en el discurso, perdió los estribos. Le quitó toda la sección final, eliminando cualquier mención de la IDE.

Por fortuna, alertaron al juez Clark sobre la perfidia de Baker, y en contravención de todo protocolo, lo esquivó y se coló en el despacho del presidente Reagan, y lo puso en autos sobre la porción del discurso que había sido borrada. Reagan volvió a meter el anuncio de la IDE. James Baker no vino a enterarse sino como a las 8:20 de esa noche, cuando el Presidente le leyó esas palabras de consecuencia la pueblo americano.

Es irónico que desde Wiesbaden, Alemania Occidental, Lyndon LaRouche tenía el dedo tan en el pulso de la pelea en



Este libro de LaRouche, publicado en 1980, explicaba su estrategia de supervivencia mutua asegurada tanto para los EU como para Rusia, y fue uno de los medios por los cuales la dirigencia soviética supo de su alternativa, y que funcionaría, aunque terminaron por oponerse a ella.

torno a esta política de defensa, que aun después de habersele puesto al tanto de la sesión informativa de la tarde de la Casa Blanca, en la que habían figurado en primer plano detalles de transfondo del anuncio de la IDE, nos advirtió a los que estábamos en Nueva York que nos aseguráramos de ver el discurso televisado a las 8, para estar seguros de que no se hubiera hecho nada a última hora para sabotear el anuncio público del Presidente.

Puedo asegurarles que hubo personajes importantes del Gobierno de Reagan que estuvieron hombro a hombro con nosotros en la pelea por la IDE, quienes con toda probabilidad jamás perdonarán a James Baker por lo que trató de hacer ese día.

En una de esas coincidencia afortunadas de programación, *EIR* y la Fundación de Energía de Fusión habían organizado una conferencia sobre el plan de defensa estratégica, a realizarse a mediados de abril en Washington. La reunión se

había fijado antes del discurso del 23 de marzo. El salón estaba abarrotado con una 500 o 600 personas. El señor Cherchnev se sentó en primera fila. En una reunión posterior con el corresponsal en jefe de *EIR* en Washington, Cherchnev concedió que la posición de línea dura de él y Moscú había sido un error. Añadió que con el anuncio del Presidente del 23 de marzo, la cuestión ahora era muy grande para que él la manejara. Dijo que él había recomendado que hubiera una reunión cara a cara entre LaRouche y Georgi Arbatov, director del Instituto Estados Unidos-Canadá. La recomendación en esos momentos estaba considerándose a los más altos niveles en Moscú.

Dos semanas después, las pláticas extraoficiales fueron terminadas de súbito por órdenes de Moscú. Poco después Cherchnev fue retirado de Washington.

Ahora más que nunca

Dentro de unos momentos Rachel Douglas continuará este relato desde la óptica de Moscú. Yo sólo quiero concluir con un posdata final.

Aun después de que el Gobierno soviético rechazara la IDE, Lyndon LaRouche nunca abandonó la idea de que ésta era la última, la mejor esperanza para la humanidad. El 2 de septiembre de 1983, al día siguiente de que fuera derribado el vuelo 007 de la KAL, LaRouche le escribió a Georgi Arbatov:

“No hay camino posible para evitar la guerra”, dijo LaRouche, “excepto la doctrina estratégica que he propuesto. Dado que tenemos que, ya sea acabar aceptando lo que el Presidente ofreció el 23 de marzo de 1983 o destruirnos el uno al otro, la única discusión que vale la pena sería una sobre los medios de lograr semejante acuerdo para evitar la guerra.

“No soy para nada insensible a las profundas implicaciones del aspecto saliente de lo que propongo discutir. Sé que hay aspectos de este asunto que son muy penosos por su naturaleza para la cosmovisión rusa: la cuestión del Concilio de Florencia de 1439, la cuestión de Platón *versus* Aristóteles. No obstante, la experiencia enseña que a menos que los pensadores soviéticos que ocupan posiciones de responsabilidad puedan abrirse paso precisamente sobre estas cuestiones conmigo, podría ser imposible evitar la guerra, ya que la base filosófica para llevar a cabo semejantes negociaciones podría ser imposible. ¿Cuánta incomodidad psicológica de esta clase estarían dispuestos a tolerar su asociados por una cuestión tan carente de importancia como tal vez sea salvar a la Unión Soviética de un holocausto termonuclear”.

Esa palabras tan bruscas, pero esperanzadoras, tan características de la visión que Lyndon LaRouche llevó a todos sus tratos con Moscú, abordó las cuestiones axiomáticas que son tan válidas hoy como lo eran hace una década.

Hoy, más que nunca, el mundo necesita a Lyndon LaRouche en cuerpo y alma, en libertad de agitar las cosas y conformar la suerte de combinación internacional de gente de buena voluntad, como la que llevó al mundo a puerto seguro —aunque de modo imperfecto— a través del *punctum saliens* de 1983.